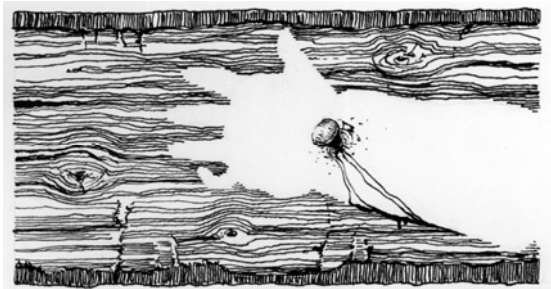


BEATO DON CARLO GNOCCHI

Pedagogía del dolor inocente



***Traducción, Introducción y Notas
P. Miguel Angel Fuentes, I.V.E.***

COLECCIÓN "MADUREZ CRISTIANA" /1

PRESENTACIÓN

En estas páginas ofrezco una traducción de la admirable obra del sacerdote italiano Carlo Gnocchi “Pedagogía del dolor inocente”¹.

Don Carlo Gnocchi nació el 25 de octubre de 1902, en San Colombano al Lambro, cerca de Lodi, Italia. Fue ordenado sacerdote en 1925, en Milán. Se destacó inmediatamente como notable educador, al punto tal que en 1936 el Cardenal Ildefonso Schuster lo nombró director espiritual de la escuela más prestigiosa de Milán, el *Istituto Gonzaga* de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; en este período estudió intensamente la pedagogía y escribió algunos ensayos sobre estos temas.

En los años finales de la década del '30, el mismo Cardenal Schuster le encargó la asistencia de los universitarios de la Segunda Legión de Milán, que comprendía en buena parte estudiantes de la Universidad Católica y muchos ex alumnos del *Istituto Gonzaga*. Como es sabido en 1940 Italia entró en la Segunda Guerra Mundial y muchos jóvenes estudiantes fueron enviados al frente de batalla. Don Carlo no quiso abandonar a sus jóvenes en estos momentos de peligro y se enroló como capellán voluntario del batallón “Val Tagliamento” de los alpinos, destinado al frente griego-albanés. Después de un breve intervalo en Milán, en 1942 volvió a partir, esta

¹ Tomo como base la versión “Pedagogia del dolore innocente”, publicada en: Carlo Gnocchi, “Gli Scritti”, Ed. Ancora Milano, Fondazione Pro Juventute, Milano 1993, pp. 747-770.

vez al frente ruso con los alpinos de la Tridentina. En enero de 1943 comenzó la dramática retirada del contingente italiano derrotado en aquel frente; retirada devastadora que sembró de muertos las heladas tierras rusas: “setecientos kilómetros de marcha en la estepa blanca y sin confines, sobre la nieve harinosa, entumecidos por el viento helado, flagelados por la tormenta, con 40 grados bajo cero, sin víveres, con pocas municiones arrastradas fatigosamente sobre los trineos sobrevivientes, durmiendo al descampado, a veces caminando durante la noche, atacados rabiosamente por el enemigo, agredidos a traición por los partisanos, asaltados a cada momento por tanques enemigos, bajo la pesadilla de las incursiones aéreas, cuando los camiones se detenían por falta de combustible, la artillería quedaba bloqueada por la nieve, las mulas caían extenuadas por el frío y la fatiga, las armas se encasquillaban por el hielo, la fila de los combatientes menguaba poco a poco por los caídos, los heridos y los congelados; quince días de marchas y combates, de vigilias y hambre, de privaciones y heroísmos en la más inhóspita y cruel de las estaciones y de las tierras europeas, contra enemigos aguerridos y enardecidos por el éxito, constituyen una de las más altas victorias del espíritu sobre la materia, de la voluntad por sobre la fortuna adversa, y una de las más luminosas afirmaciones de la grandeza de nuestro pueblo”, escribía Don Carlo Gnocchi en uno de sus más conocidos escritos: “Cristo con los alpinos”².

Fue precisamente su experiencia del dolor en esta terrible huida la que inspiró su futura fundación. Habiendo caído a un costado de la helada ruta rusa junto a un grupo de agotados soldados y a punto de morir, un vehículo militar que pasaba intentó llevarlo sólo a él hasta la próxima base militar, pues no tenían más lugares en el transporte, dejando allí agonizando al resto de los soldados. Don Carlo se negó a abandonar a los suyos; pero estos le insistieron diciendo: “Vaya, Capellán, y ayude a nuestros hijos, ampare usted a nuestros huérfanos”. Sólo ante la impresión de este conmovedor testamento, aceptó ser trasladado al hospital militar, terminando de este modo su participación en la guerra.

² Don Carlo Gnocchi, “Cristo con gli alpini”, en “Gli Scritti”, Ed. Ancora Milano, Fondazione Pro Juventute, Milano 1993, pp. 481-554. El texto que traduzco está en página 498.

Ya nuevamente en Italia, a partir de 1945, comenzó a diseñar su proyecto para ayudar a los mutilados de guerra y a los hijos de los sobrevivientes; lo que le daría el título de “padre de los mutiladitos”. En 1949 su obra obtuvo el primer reconocimiento oficial, llamándose “Federación por la Infancia Mutilada”; más tarde sería reemplazada por la “Fundación por la Juventud”.

Don Carlo murió el 28 de febrero de 1956, tras una dolorosa enfermedad. Durante los últimos meses de vida redactó la presente obra, auténtico testamento espiritual donde toca las cumbres del sentido cristiano del dolor.

El 1º de marzo de ese año el arzobispo de Milán, mons. Montini, futuro Pablo VI celebraba sus funerales. En 1987 se introdujo su causa de canonización, y el 20 de diciembre de 2002, Juan Pablo II, lo declaró venerable.

En esta obra Don Carlo Gnocchi examina el insondable misterio del dolor del inocente y del justo a la luz del dolor de Cristo y del inestimable valor redentor del sacrificio de una víctima pura. Su tesis puede sintetizarse diciendo que los niños son capaces de percibir, con una pureza sin igual, el sentido altísimo de sus sufrimientos cuando se unen a los de Jesucristo, y que al comprender este hondo sentido, el sufrimiento cobra para ellos una incalculable valía y canaliza hacia la Iglesia y al mundo entero un río de gracias sobrebundantes. Pero ordinariamente los niños no son capaces de descubrir por sí solos este misterio; es necesario, por tanto, educarlos en el sentido del dolor; de ahí su título: “pedagogía del dolor inocente”; enseñar a los niños que sufren la finalidad de sus penas y modo de injertarlas en Cristo.

Considero de providencial actualidad este magnífico escrito, para ésta sociedad nuestra que somete a un difuso martirio a tantos inocentes, particularmente niños, no sólo golpeándolos con el escandaloso horror de las guerras, sino con otros fenómenos no menos aniquiladores: el divorcio, la destrucción de las familias, la deformación de las conciencias, el abandono por parte de los padres (¡los “hijos de nadie”!), las escuelas deseducadoras, las políticas corruptoras, la prostitución y pornografía infantil, etc. Creo que el volumen de sufrimiento que se impone sobre las espaldas de los inocentes es más grande en nuestro tiempo de radical hedonismo que el que presenció el autor de este ensayo en sus tiempo de guerra.

Nuestra sociedad actual es una gigantesca fábrica de hijos de padres o madres ausentes, niños sin hermanos, alumnos sin maestros de vocación, seres indefensos “criados” en el aislamiento y la soledad, criaturas consideradas sólo como “clientes” de una sociedad edificada sobre el interés y el consumo. En fin, corazones espiritualmente ahogados y deprimidos.

*P. Miguel Angel Fuentes, I.V.E.
San Rafael, 2006*

PEDAGOGÍA DEL DOLOR INOCENTE

Son muchos y profundos los problemas que pone el dolor a la mente humana, incluso cuando está iluminada por la fe; pero ciertamente uno de los más delicados e inquietantes es su aparente distribución caprichosa entre los hombres.

En efecto, si el dolor, como es fácil y casi natural admitir, es pena y expiación de la culpa, debería pesar principalmente sobre aquellos hombres que más gravemente han pecado.

Pero, en cambio, solemos constatar frecuentemente lo contrario; y, desde los tiempos del salmista —que muchas veces se lamenta de esto con acentos de dramática potencia— los pecadores triunfan y los justos sufren, a menudo por causa de su misma justicia.

Típico —y el más turbador de todos los ejemplos— es el caso de los niños que sufren.

¿Cuántas veces, en efecto, ante el dolor de un niño moribundo y sufriente, solemos recoger expresiones como estas: “Dios mío, ¿por qué haces sufrir a este inocente?; ¿por qué no me golpeas a mí que soy un pecador?”. Y cuántas otras veces yo he recogido de los labios de los niños, en el momento de una dolorosa intervención quirúrgica, la expresión recurrente e igual en todos, ya que es dictada por la conciencia: “¿Por qué me haces sufrir? ¡Yo no hice nada malo!”.

Vale la pena estudiar este caso límite, porque creo que cuando se llega a comprender el significado del dolor de los niños se tiene en la mano la llave para comprender todo dolor humano, y quien logra sublimar el sufrimiento de los inocentes está en condiciones de consolar la pena de todo hombre golpeado y humillado por el dolor.

Los agentes que obran en el dolor de un niño son, de hecho, fundamentalmente los mismos que provocan el sufrimiento de un

adulto y las fuerzas capaces de confortar y elevar el sufrimiento son iguales en ambos casos.

* * *

Las mayores objeciones contra el dolor y contra su atribución aparentemente tan extraña, nacen de una concepción exclusivamente individualista y punitiva del dolor mismo: por creer que en el hombre el sufrimiento es un asunto totalmente personal y una expiación rigurosamente medida por las culpas individuales. Pero nada más falso que esto en la concepción cristiana de la realidad.

En la economía cristiana, la humanidad forma una unidad viviente, sólidamente unida en un solo e idéntico destino, copartícipe del bien y del mal de cada uno de sus miembros; un cuerpo místico que sigue las mismas leyes del cuerpo físico, donde la salud y la enfermedad, el bienestar el malestar, la vida y la muerte son comunes a todos los miembros³.

Esta arcana solidaridad obra en sentido *vertical* y en un sentido *horizontal*: liga a todos los miembros con la cabeza y a todos los miembros entre sí; en otras palabras, une a todos los hombres con Adán mancomunándolos a su destino y liga cada hombre a todos los demás hombres poniendo en común la cuota de bien y de mal de la que cada uno es responsable.

* * *

Detengámonos en la solidaridad *vertical*.

³ *Nota del Editor*: Juan Pablo II, después de hablar de “aquella solidaridad que, a nivel religioso, se desarrolla en el misterio profundo y magnífico de la comunión de los santos, merced a la cual se ha podido decir que «toda alma que se eleva, eleva al mundo»”, continúa hablando también de “la otra cara” de esta solidaridad: “Se puede hablar de una comunión del pecado, por el que un alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero. En otras palabras, no existe pecado alguno, aun el más íntimo y secreto, el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor daño en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana” (JUAN PABLO II, *Reconciliatio el paenitentia*, 16).

Adán se rebeló contra Dios y todos los hombres se han rebelado “en raíz” con él; Adán fue castigado con el peso del trabajo y del dolor y todos los hombres deben llevar igualmente la cruz de la fatiga y del sufrimiento con él.

He aquí la primera fuente y la razón fundamental del sufrimiento de un niño. Él sufre en cuanto hombre, por tanto, por ser partícipe de la humanidad, responsable en raíz de la culpa original y por eso asociado a su secular expiación.

Cuando un niño sufre es, antes que nada, la “comunión” con Adán la que se actúa en él, aplicación negativa de la misteriosa ley que une a todos los hombres y los hace consortes en el mismo destino. Ley dura y, sin embargo, misteriosamente justa que un anónimo definió escribiendo sobre la tumba de un niño sepultado en el cementerio de Staglieno en Génova: “Vivió, lloró y murió. Breve compendio de la vida más larga”.

Si la primera fuente y justificación del dolor de un inocente se encuentra en su irrevocable solidaridad con Adán, la segunda nace de su solidaridad, igualmente exigente, con todos sus semejantes.

Como partícula de un gran cuerpo social, donde todo el bien y todo el mal “entran en circulación” también el niño expía la propia cuota que es parte de los errores y de las culpas personales cometidas por todos los hombres (razón que debería servir de freno cada vez que un hombre se siente tentado de pecar).

* * *

¡Con cuán dramática evidencia se imponía esta verdad ante mi espíritu durante la guerra, frente al cuerpo atormentado y exangüe de mis alpinos!

¡Cuántas veces me he preguntado en qué modo y en qué medida entraban estos pobrecitos en la feroces diatribas que habían dividido al mundo y que habían enfrentado encarnizadamente a unos hombres contra otros!

Pobres montañeses, mantenidos en sus trincheras a fuerza de pan duro y Rosarios, arrancados de sus montañas y de sus praderas, enrolados, conducidos contra otros hombres, simples e ignorantes como ellos, con la orden de matar para que no los maten; ¿qué sabían ellos de la guerra y de sus razones, estos “humildes que trabajan y no

saben”, en nombre de los cuales el Papa Pío XI había suplicado a los gobernantes que reflexionasen antes recurrir a la razón irracional de las armas?

Y sin embargo pagaban también ellos, y tal vez ellos más que otros en relación a aquellos que sabían y creían o creían saber, la causa de todo aquello que estaba trágicamente ocurriendo.

* * *

Todo trabaja a coro en la vida, “todo el mar crece cuando una piedra es arrojada dentro de él” (Pascal) y, en el cuerpo social si hay una circulación “arterial” de la verdad y del bien, de la cual todos los hombres inconsciente y —a menudo— inmerecidamente se benefician, también hay una circulación “venosa” del error y del mal, a la cual ninguno, por inocente que sea, puede pretender sustraerse⁴.

La mayor parte de los hombres está dispuesto a creer en la comunión del bien, acepta de buena gana la solidaridad “positiva” con toda la humanidad, cuando se trata de dividir las conquistas y las ventajas de la ciencia, del progreso, de la civilización, de la fraternidad, y cuando un niño goza de todos estos valores, frutos de innumerables sacrificios ajenos, no se pregunta en fuerza de qué derecho se beneficia él de todo esto; pero, por el contrario, se rebela contra la solidaridad “negativa” que compromete a todos los hombres en los fenómenos sociales de crisis, de decadencia, de desventura y de malicia colectiva, y cuando un inocente es llamado a participar en ella, se escandaliza y grita contra la injusticia.

Como si el niño no fuese también parte de la humanidad o pudiese tener una historia y un destino aparte, diverso del de su tiempo y de la humanidad, a la cual él pertenece y que también él compone.

⁴ *Nota del Editor:* Es muy sugestiva e iluminadora esta imagen del Autor, que compara la doble circulación sanguínea (la arterial, rica en oxígeno y vivificante del organismo; y la venosa, que recoge la sangre empobrecida y la conduce al corazón y a los pulmones para ser purificada) con la doble circulación espiritual del Cuerpo Místico: la de los beneficios de las obras meritorias que todos los santos vuelcan incesantemente sobre la Iglesia y la de purificación, por la que los llamados a ser víctimas con la Víctima recogen sobre sus espaldas los pecados de todos los hombres purificándolos en su propia carne y sufrimiento.

* * *

Hasta aquí sin embargo hemos considerado al dolor solamente como *punición* y *expiación* de la culpa, de la original y de las personales, y tal fue su carácter hasta Cristo.

Sin embargo también forma parte de la obra renovadora y restauradora de los valores humanos realizada por el Redentor el haber conferido al dolor el carácter positivo de *purificación* y de *redención* del pecado. De tal modo que, por medio del dolor, el hombre redimido puede no solamente cancelar su condena, sino también conquistar y merecer el premio de una vida plena e indefectible.

Es ésta la nueva luz fulgidísima que el cristianismo ha conferido al dolor y es en esta luz que se coloca y toma valor inestimable sobre todo el sufrimiento del niño.

También los niños son llamados al sufrimiento, pero ya no únicamente en fuerza de la oscura ley de Adán y de la ancestral solidaridad contraída con él a través de las tormentosas vías de la carne y de la sangre, sino en fuerza de la mística ley de Cristo y de la lúcida solidaridad con su sacrificio inocente, contraída en las aguas bautismales.

Y he aquí cómo se realiza ésto.

En la economía de la redención cristiana, el dolor del hombre es complemento necesario del dolor y de la muerte redentora de Cristo: “Cumpro en mi cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo” (Col 1,24) y puesto que la redención de Cristo es total, cada cristiano debe aportar la contribución de su propio sufrimiento personal.

* * *

Sin embargo no todos los sufrimientos humanos tienen el mismo grado de afinidad con los de Cristo, en esta necesaria y arcana “confluencia” de la sangre del hombre en el río redentor de la sangre de Cristo, que, descendiendo del Calvario, se difunde al mundo a través de la historia.

Diría —si se me permite la cruda referencia a la transfusión física de la sangre— que no toda sangre humana es del grupo de la de Cristo.

Hay, a estos efectos, una vasta jerarquía de la sangre y de las lágrimas (“sangre del alma”, como las ha llamado San Agustín) en cuanto existe, por un lado, el sufrimiento del pecador que debe ser, al menos en parte y en primer lugar, ofrecido por la redención de sus culpas personales y existe, por otro lado, el sufrimiento del justo que se dirige en cambio directamente a redimir y expiar las culpas sociales.

Prototipo de este sufrimiento es Cristo Hijo de Dios, inocente y purísimo, que muere por la redención de los hombres, “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”; y de análogo valor es el sufrimiento de los niños, de los párvulos y de los santos que sufren también por la purificación y por la salvación de sus hermanos y esto no relacionado y proporcionado a sus propias culpas personales — que a menudo no existen, como en los infantes— y ni siquiera solamente proporcionado a su corresponsabilidad social —según la ley de Adán— sino en relación y proporción con la capacidad y pureza de su sacrificio, a los fines de la redención humana, según la sublime ley de Cristo.

Para la remisión total de los pecados del mundo —según Santo Tomás— era necesaria en la víctima una pureza que solo Dios podía poseer, y por eso el Padre envió a la tierra a su propio Hijo para morir sobre la Cruz: pero para completar tal sacrificio y para su aplicación inmediata a las culpas diarias, la más alta contribución es, ciertamente, la ofrecida por las almas que sufren sin el peso de las propias culpas personales.

Así como en el cuerpo físico hay órganos destinados a la protección y a la purificación de todo el organismo, órganos que a menudo se enferman por la defensa y salvación de todo el cuerpo (las amígdalas, los riñones, etc.) así también existen en el Cuerpo místico de la Iglesia, almas destinadas a soportar el sufrimiento en virtud de su capacidad purificadora de todo el cuerpo social.

Y entre estas almas se encuentran ciertamente los niños, llamados tanto más precozmente al sufrimiento cuanto más limpia está su alma de culpas personales y por tanto más similar es su

sacrificio a aquel del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo⁵.

Vale también para los niños la bella leyenda que San Francisco de Sales aplica a Cristo redentor, según la cual, hay un pájaro que puede curar al hombre de la ictericia. Cuando una persona enferma de este mal, se recuesta bajo un árbol, apesadumbrado por su dolor, la pequeña ave se pone a mirarlo intensamente y prueba tanta compasión que sus plumas comienzan a tomar el color triste de esa enfermedad mientras poco a poco se va aclarando la piel del hombre enfermo; cuando finalmente la avecita se ha vuelo totalmente amarilla y el hombre ha recuperado la blancura de la salud, entonces el pajarito entona un canto de triste despedida y se marcha a morir lejos para no ser visto de nadie.

* * *

Estas verdades y doctrinas ¿son tal vez demasiado arduas y reservadas a poquísimos iniciados? No. Es necesario convencerse de que nada es más real ni más práctico que estas místicas leyes del sufrimiento.

¿Cuántas veces junto al lecho de un adulto sufriente hemos dicho una frase con la cual sus tormentos han encontrado suficiente razón para la resignación: “ten paciencia, sufre por tus pecados”! ¿Y por qué entonces estas mismas palabras se nos mueren en los labios, más aun, nos parecen vanas e incluso ofensivas ante la cuna de un niño sufriente? ¿Qué otras razones podrían valer para aplacar su dolor y el nuestro?

No otras que aquellas que se beben en la concepción cristiana del dolor, conocidas incluso para el ladrón crucificado con Jesús en el Calvario, que invitaba a su compañero de suplicio a no insultar ni ofender Cristo porque “lo que nos sucede a nosotros —decía— es justo pues somos tratados según nuestras obras: pero él en cambio no ha hecho nada malo” (Lc 23,41).

⁵ “Hospital de los Inocentes” se llamaron a menudo en el pasado los hospitales para niños, como aquel hecho célebre en Florencia por las cerámicas de Luca della Robbia.

* * *

De todo esto puede colegirse, ante todo, la eminente dignidad del niño sufriente.

Si el dolor, según el Evangelio, revela la presencia de Cristo en el hombre, en nadie esta transparencia se hace más clara, evidente e inmediata que en el niño. Y por esto dijo Jesús: “todo lo que hagáis a alguno de estos pequeños, a Mí me lo hacéis” (Mt 10,42).

Por tanto nuestra actitud interna o externa frente a un niño que sufre por invalidez, por deficiencia, por mutilación, por pobreza, por enfermedad, por ignorancia, por abandono, o por cualquier otra causa, debe estar dominada por un profundo sentido de respeto, de veneración; casi diría, de culto.

En cada niño sufriente, debemos ver, no sólo al hombre llamado precozmente a participar en la humana solidaridad del dolor, según la funesta ley de Adán, sino un pequeño cordero que purifica y redime, según la amorosa ley de Cristo, un “sacrificio viviente de la humanidad inocente por la humanidad pecadora”⁶.

Pero hay más todavía. No sólo debemos ver un pequeño redentor humano con Cristo y en Cristo, sino un intercesor y mediador de gracia, en fuerza del irresistible poder de aplacación e impetración que el dolor inocente tiene sobre el corazón de Dios.

De hecho no es casualidad que algunas religiones antiguas, por la profunda intuición de esta arcana ley, recurrieran al sacrificio de vírgenes y niños para aplacar la divinidad en los momentos supremos o para implorarle las difíciles gracias que necesitaban.

Cada niño que sufre es por tanto como una pequeña preciosa reliquia de la redención cristiana, que se actúa y se renueva en el tiempo, para expiar los pecados cotidianos, digna de ser honrada y casi venerada, como hacía San Leónidas mártir, al inclinarse cada mañana para besar el corazón de su pequeño hijo, reconociendo y adorando en su pecho la Trinidad presente y operante.

* * *

⁶ Discurso de Pío XII a los mutiladitos, 27 de agosto de 1953.

Tales sentimientos, sin embargo, aún cuando estén inspirados por la razón de la fe, no pueden ni deben abolir la pena y la oscura angustia que atenaza el corazón de todo hombre ante el sufrimiento de un niño, y sobre todo el que desgarrar las carnes y el espíritu de quienes lo han engendrado.

El cristianismo no se opone ni suprime la naturaleza, y el mismo Cristo no contuvo el llanto ante la muerte de su amigo Lázaro ni ante la ruina inminente de Jerusalén.

Pero este sentimiento de estima y veneración ni basta, ni alcanza ni sirve si no se transforma en un sentido de operante responsabilidad.

* * *

Hemos dicho que el dolor de los niños no obtiene de sí mismo el valor de gracia, sino de su íntima inserción en el sufrimiento de Cristo.

Tal inserción es automática —por razón de la gracia bautismal— durante el tiempo en que en el niño no ha despertado aún su conciencia, es decir en aquellos años fabulosos de la infancia y de la puericia, durante los cuales el Espíritu Santo obra de modo directo entre el espíritu del niño y la Trinidad; pero, en cambio, debe hacerse cada vez más consciente y reflejo a medida en que aumenta y se ilumina en él la razón y su responsabilidad personal.

Y puesto que tal “toma de conciencia” entra en la tarea propia de la educación cristiana, debemos hablar de una pedagogía sobrenatural del dolor.

Pocos son los educadores que la conocen adecuadamente y que aplican sus principios, con grave e irreparable daño tanto para la vida sobrenatural de las almas como para la riqueza mística de la Iglesia.

* * *

Tuve de esto una visión casi física un día de la post-guerra inolvidable y definitivamente orientador.

Después de la explosión de la bomba, Marco, el único sobreviviente de cuatro niños, que, ignorantes y desprevenidos,

jugaban sobre un campo minado, había sido sometido inmediatamente a una intervención quirúrgica; amputación de las piernas, extracción del bulbo ocular y regularización de las vastas y numerosas heridas que acribillaban su frágil cuerpo palpitante. Lo vi cierto tiempo después de la operación, cuando todavía las medicaciones cotidianas le hacían sufrir mucho y le pregunté: “Cuando te sacan las vendas, te hurgan en las heridas y te hacen llorar, ¿en quién piensas?”.

“En nadie”, respondió con cierta maravilla en la voz.

“¿Pero tú no crees que haya alguien por quien puedas ofrecer tu dolor; alguien por cuyo amor valdría la pena intentar reprimir los lamentos y las lágrimas, ayudándote a soportar mejor tu sufrimiento?”.

Marcos fijó en el vacío la vista desolada con su único ojo sorprendido, y luego, moviendo lentamente la cabeza dijo: “No entiendo...”. Y volvió a jugar distraído con el borde de la sábana.

Fue en aquel momento en que tuve la precisa, casi material, sensación de una inmensa e irreparable desgracia: la pérdida de un tesoro, más precioso que el cuadro de un autor famoso o que un diamante de inestimable valor.

Era el gran dolor inocente de un niño que caía en el vacío, inútil e insignificante, sobrenaturalmente perdido para él y para la humanidad porque no estaba dirigido a la única meta en la cual el dolor de un inocente puede encontrar valor y justificación: Cristo crucificado; y a través de todas aquellas camitas de hospital, en aquellos niños sufrientes —y por ellos a todos los niños sufrientes del mundo (¡qué masa enorme de dolor se había impuesto a los niños durante la guerra y en los siguientes trágicos años de tormentosa paz!)— me pareció ver alargarse de forma desmesurada este enloquecido despilfarro, sin que los educadores cristianos se opusiesen adecuadamente, inconscientes de la preciosidad de este tesoro puro y de la urgente necesidad de recuperarlo avaramente, para hacer de él un don a Cristo y a la Iglesia.

* * *

Cuán importante y urgente es, por tanto, para todos los que tienen a cargo y son responsables de las almas, tomar conciencia de

este deber y poner en acto todas las artes de la más fina pedagogía sobrenatural con el fin de asegurar para Cristo y para la Iglesia el inestimable tesoro del dolor de los niños, para no privar a la Pasión de Cristo y de la Iglesia de este indispensable y preciosísimo complemento.

Para medir cuán grande sea el “volumen” de este capital, basta pensar en la contribución de dolor que en cada tiempo han exigido a los niños las enfermedades, el hambre, las guerras, la indigencia, el abandono, la miseria y la muerte. De cada calamidad se diría que la parte más pesada ha sido reservada misteriosamente a los inocentes.

Pero sobre todo ha sido esta guerra, la última guerra atroz⁷, cayendo particularmente sobre los indefensos, la que ha requerido de los niños una suma inaudita de dolor y sangre, con las deportaciones en masa, la destrucción de los hogares, las persecuciones raciales, los bombardeos aéreos, las colosales transmigraciones de pueblos, la dispersión de tantas familias, la orfandad, el hambre, las epidemias y las mutilaciones.

¡Pobres niños de la guerra! Quien, como yo, los ha visto en Albania, en Grecia, en Montenegro, en Croacia, en Polonia, en Ucrania, en Rusia, en bandadas descompuestas, macilentos, errantes, enjutos por el hambre y por la muerte, jamás conseguirá sacarse de los ojos y del corazón la imagen fúnebre y turbadora⁸.

⁷ *Nota del Editor:* Don Carlo Gnocchi se refiere a la Segunda Guerra Mundial, en la cual desempeñó el cargo de capellán de los alpinos italianos en varias campañas, especialmente en la terrible de Rusia que costó tantas vidas al ejército italiano.

⁸ *Nota del Editor:* Para que se entienda más el dolor del Autor, transcribo estos desgarradores y emotivos pensamientos que escribe en su libro “Cristo con gli alpini” (*Cristo con los alpinos*), donde relata sus recuerdos como capellán militar de los alpinos durante la Segunda Guerra mundial: “Niños de guerra. ¡Cuántos niños he visto en mi triste peregrinación de guerra. Trágica flor sobre las ruinas descompuestas y ensangrentadas de Europa, sonrisa pálida sobre la hosca agonía de un mundo! Y los niños de Albania ni siquiera sabían ofrecer esa sonrisa enferma a su tierra escuálida y ambigua. Ágiles y valientes niños de Montenegro, de vestidos fantasiosos, como si siempre estuviesen de fiesta, y de reflejos de acero en la firme e inteligente mirada. Pobres niños de Grecia con el estupor del hambre y de la derrota pintado en el rostro descarnado (y los camiones de guerra de la División cada día recogían decenas, junto a ancianos, moribundos y entumecidos por el hambre!). Miserable tropel de jovencitos yugoeslavos que parados el día entero ante las puertas de los cuarteles, con latas de tomate, cajitas vacías y abollados platos entre las

Pero de toda esta masa de dolor inocente, tan íntima, tan pura y tan vasta, ¿qué parte ha ido a parar a Cristo y a la humanidad? ¿y qué parte, por el contrario, ha terminado desperdiciada, porque nadie se ha encargado de enderezarla adecuadamente hacia su meta natural, que es Cristo?

De esta manera la pasión redentora de Cristo y la vida sobrenatural de la Iglesia, han pedido, para siempre, uno de los tesoros más preciosos, destinado a asegurarle a aquélla su plenitud y al mundo la redención y la paz, mucho más y mucho mejor que las fatigosas artes de la política, que los esfuerzos colosales de las finanzas y que los hábiles manejos de la diplomacia humana.

¡Pero los hombres, a pesar de ser tan solícitos en la valoración de los tesoros materiales y ciegos creyentes en las fuerzas de las potencias terrenas, no se preocupan de valorar los tesoros espirituales que se esconden en las almas de los inocentes ni creen de modo suficiente en el valor determinante, aunque incontrolable, que los agentes sobrenaturales tienen para la historia de los individuos y del mundo!

Un gran número de cristianos muy rara vez se enfrentan, aunque sea con sumo pudor y reverencia, a los misteriosos e ilimitados panoramas del mundo invisible, en el cual sin embargo dicen creer cantando en la Misa: “Creo en Dios Padre, creador de las

manos, esperaban ávidos y silenciosos la distribución de las sobras de la cocina y un poco del rancho de los soldados... ¿Qué no llevaban puesto aquellos niños y niñas? Telas mimetizadas de carpa, largos y arrastrados vestidos de mujer, chaquetas militares de las que asomaban solamente dos manitos y un rostro helado de frío. ¡Cual amargo disfraz de la abyección y del hambre! (...) Niños de Rusia, de Ucrania, de las estepas del Don de la Rusia blanca. Mofletudos y curiosos de entrada, mirando sin miedo detrás de los vidrios de las *isbas* el río de tanques y camiones de guerra que marchaban orgullosos y victoriosos hacia la aniquilación de Rusia; más adelante resignados y ausentes, empujando carretillas de trastos, en las largas y mudas filas de prófugos que bordeaban las rutas de la retaguardia, ensordecedoras por el ruido de motores y armas, bajo la pesadilla de los aviones que atravesaban el cielo. Finalmente pobres críos aferrados desesperadamente al seno exhausto de sus inmóviles madres, llorando en las casas abandonadas, aterrados y sobresaltados a cada rumor de guerra. Pobres niños de mi guerra, mis pequeños amigos del dolor, ¿dónde estaréis hoy y qué será de vosotros?” (Don Carlo Gnocchi, *Cristo con gli alpini*, “Bambini di guerra”, en: “Gli Scritti”, Ed. Àncora, Milano 1993, pp. 549-550).

cosas visibles y de las invisibles; creo en la comunión de todos los santos”.

* * *

Esta pedagogía no se reserva solamente a las grandes horas del dolor y a los casos más graves del sufrimiento de los niños, de modo tal que solamente deba ser considerada y practicada por los médicos, por las religiosas o religiosos o por los familiares que se dedican al cuidado de los niños enfermos o minusválidos.

Es una pedagogía obligatoria para todos los que tienen cuidado de las almas inocentes, en cuanto es aplicable, con sus principios y criterios, a todas las horas del sufrimiento, aunque sean pasajeras, que lamentablemente no faltan tampoco en las vidas de los niños sanos y felices.

Puesto que una hora de dolor físico o moral, de malestar, de enfermedad, de fracaso o de llanto llega a todos los niños, y a menudo con mucha frecuencia, el educador cristiano debe conocer las artes delicadas y sublimes de la pedagogía cristiana del dolor, con la cual enriquecer las almas de sus hijos, corresponder a su vocación de custodio y valorizador de sus posibilidades espirituales y no defraudar a la Iglesia y a la sociedad de un aporte del cual Dios ha tomado cuenta en la economía general del mundo.

* * *

Tampoco se piense o se diga que los niños no están preparados para comprender, vivir y actuar estas delicadas verdades de la economía sobrenatural, porque éste es un error de persistente naturaleza iluminista.

La infancia cristiana es la edad que más se aproxima aquella feliz del primer Adán, cuando Dios descendía cada tarde para hablar con el hombre, como un amigo con su amigo, y durante la cual, según la revelación de Cristo, “sus ángeles ven siempre el rostro del Padre que está en los cielos” (Mt 28,14).

Por tanto, edad feliz e irrepetible de relaciones directas con Dios, de “experiencias” de lo sobrenatural, de extrema docilidad de la naturaleza y de pronta generosidad del corazón; edad en la cual las

más altas y profundas verdades de la comunión de los santos, se intuyen, se creen y se practican casi instintivamente.

Cuán significativo y conmovedor resulta leer en la vida de un niño, Guido di Fontgalland, cómo él “sentía” la gracia de Dios (así como los niños sienten al ángel custodio y perciben los estados de conciencia).

Era el tiempo de su preparación para la Primera Comunión y había hecho un pequeño *desaire* al hermano más pequeño. “El Señor no está más en tu corazón”, había sentenciado severamente su madre. Pero Guido “sentía” que eso no era verdad y de vez en cuando interrumpía el juego para que la madre, apoyando el oído en su pecho, sintiese si el Señor había vuelto. “Todavía no”, continuaba a repetir la madre. La tercera vez finalmente Guido se impacientó y le dijo con autoridad: “Tú no lo sientes pero yo siento muy bien que Jesús ha vuelto”. Y se fue a jugar finalmente tranquilo.

Se trata, pues, de cultivar y afinar esta sensibilidad que, como todas las facultades humanas naturales y sobrenaturales, tiene necesidad de educación; mas es tarea de los educadores cristianos que se entregan a la sutil y profunda pedagogía del dolor el descubrir en el corazón de los niños el increíble potencial de fe, de amor y de sacrificio que, de vez en cuando, puede tocar incluso las vetas del heroísmo.

El secreto consiste totalmente en descubrir y suscitar esta fuerza; porque, como decía Miguel Ángel: “Todo está en el mármol”. El arte está en saberlo sacar⁹.

⁹ *Nota del Editor:* ¡Se podrían dar tantos ejemplos de esta conciencia cristiana del sufrimiento en los niños! Puede servir de testimonio de la verdad de estas notas de Don Carlo Gnocchi algunas palabras extractadas de las “cartitas” que una niña de seis años, Antonietta Meo, escribía en medio de los tormentos que la condujeron a la muerte. Pocos meses antes de morir le escribía a “su Jesús”: “¡Te saludo y te adoro, oh Jesús! ... y quiero estar siempre en el Calvario bajo la Cruz” (31 de enero de 1937). “Querido Niño Jesús —escribía unos días antes—, hoy he estado bajo la Cruz y he tenido un lindo pensamiento que te voy a contar ahora! Tú has sufrido mucho por nosotros para conquistarnos el Paraíso, yo Te quiero recompensar haciendo muchos sacrificios!” (22 de enero de 1937). “Querido Jesús, yo quiero estar todos los días sobre el Calvario, bajo tu Cruz contigo y cerca de la Virgencita” (3 de enero de 1937). “Nennolina”, como era llamada esta niña por sus familiares, falleció el 3 de julio de 1937; no llegó a cumplir los siete años de edad. Se puede leer sobre ella:

* * *

¿Cuáles son los elementos y métodos de la pedagogía del dolor inocente?

Ciertamente no son aquellos, aunque sean muy comunes, que recurren a auténticas fábulas e invenciones para calmar, distraer o ilusionar el dolor de los niños, ni tampoco las de la pedagogía naturalista, con sus apelaciones a la virilidad, a la fuerza del carácter y, en la práctica, al estoicismo.

La pedagogía cristiana del dolor tiende ante todo a enseñar prácticamente a los niños que no hay que guardar el dolor para uno mismo, sino que es necesario regalarlo a los demás, y que el dolor tiene un gran poder sobre el corazón de Dios, del cual es necesario aprovecharse para provecho de muchos (y esto atendiendo a los principios anteriormente señalados, según los cuales el dolor no ha sido dado al niño como consecuencia de sus responsabilidades personales y que su valor impetratorio es sumamente grande a los ojos de Dios).

Se trata, por tanto, de una obra de *estimación* y de *despersonalización* del dolor¹⁰, a la que no es difícil llegar si se habitúa al niño a dirigir su pena o su renuncia hacia objetivos concretos, como son los que se ofrecen cada día a su sensibilidad (por la curación de una persona querida, por los misioneros que están en tierras lejanas, por la conversión de su papá, por un compañero pobre, para obtener una gracia importante, para que termine una guerra, por el Papa, por un condenado, por un asesino del que se habla en los periódicos, etc.).

El secreto está en que se trate de motivos vivos y reales, concretos y de interés inmediato para un niño.

Maria Rosaria del Genio, “*Carissimo Dio Padre...*”. Antonietta Meo – Nennolina, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1999.

¹⁰ *Nota del Editor*: El sentido que el Autor quiere dar al término “despersonalización” es el de “quitarle el carácter personal”, o sea, hacer comprender al niño (y al inocente en general) que su dolor no tiene relación única con sus pecados personales sino que cumple una función “vicaria”: cargar con los pecados de otros y purificarlos con sus sufrimientos, como Cristo mismo hizo por todos nosotros.

* * *

Si tal interés es noble, los niños saben llegar a las vetas de la más alta poesía y del sacrificio.

Recuerdo que cuando era joven sacerdote, preparando un grupo de niños para la Primera Comunión y habiéndoles dicho que hicieran algún sacrificio para hacerse dignos de recibir a Jesús, hubo un niño que fue a golpear sus manos y brazos desnudos en un seto de ortigas, adquiriendo por esto una grave y peligrosa infección general; cuando fui a visitarlo, en su lecho, tenía los ojos tan radiantes de luz sobrehumana que no tuve el coraje de reprocharle el gesto desmesurado ni pude contenerme de abrazarlo, subyugado por un sentido de profundo respeto y veneración.

Ahora bien, el motivo más alto y más noble, la meta más sublime y sublimadora a la que hay que conducir el dolor del niño, como todo otro dolor, es ciertamente Jesucristo crucificado.

Cuando un niño haya llegado a comprender la semejanza que existe ente su dolor y el de Cristo, la belleza que él puede darle a todo su sufrimiento, tanto para sí mismo como para los demás, al insertarlo en el dolor de Cristo, y el deber que él tiene de imitar el comportamiento y los sentimientos de Jesús en los momentos del dolor, habrá tocado el centro más profundo y más inexplorado, el más original y operante de todo el cristianismo, el “punto virginal” —en expresión de Gratry— de la doctrina de Cristo¹¹.

Y cuando se tiene la gracia de “tocar” tan de cerca a Dios en los años de la juventud, su signo gozoso permanecerá válido e indeleble para toda la vida.

* * *

Por tanto se impone al educador una refinada obra de *sublimación* y *santificación* del dolor inocente.

Y a ésta no se llega sino a través del magisterio misterioso de la Misa. Es en la Misa cotidiana donde el río de la Sangre divina se

¹¹ *Nota del Editor:* Don Carlo Gnocchi debe referirse al famoso sacerdote y escritor francés Auguste-Joseph-Alphonse Gratry (1805-1872).

enriquece por la confluencia del dolor humano y es en el río divino donde cada gota del sufrimiento humano y de llanto adquiere el valor sobrenatural de redención y de gracia.

¿Por cuál otra razón la Misa es y será celebrada cada día sobre la tierra hasta la consumación de los siglos, sino para hacer posible y actual en el tiempo esta mística confluencia?

Con el sacrificio del Calvario la redención de la humanidad ha sido definitivamente concluida y nada debe o puede ser añadido de parte de Dios. Ninguna necesidad hay, de parte de Cristo, de repetir cada día tal sacrificio, como adviene, mística pero realmente, en la celebración cotidiana de la Misa.

La exigencia de esta reiteración proviene, sin embargo, del hombre. Para actualizar en el tiempo y en la historia de cada hombre y de la humanidad, el valor de aquel sacrificio divino, era necesario hacer correr el río majestuoso de la redención a través de los siglos y a través de cada jornada, para dar oportunidad de que cada ser y cada tiempo uniese a este sagrado río el pequeño arroyuelo turbio de los propios sufrimientos y el tedio cotidiano de la propia existencia, con el único fin de conferirles, por tal feliz mixtura, valor sobrenatural de redención y de gracia.

He aquí por qué la Misa debe ser celebrada todos los días de todos los tiempos y he aquí por qué se puede hablar de una verdadera renovación y que en ella se realiza un complemento necesario del sacrificio divino; en el sentido de que la humanidad encuentra el modo, cada día de su atormentada existencia, de celebrar su propia misa de dolor para unirla a la Misa de Cristo convirtiéndola en la Misa “total”; la Misa no solamente de Cristo-persona sobre el Calvario, sino la Misa de Cristo-humanidad a través de la historia.

Es, por tanto, en la Misa donde los niños deben hacer la ofrenda de su sufrimiento; cuando el sacerdote infunde en el cáliz las pocas e insípidas gotas de agua fría que, junto al vino ardiente y generoso se convertirán en la Sangre de Cristo redentor.

Así como hacen cada mañana los mutiladitos de guerra¹² ofreciendo a Dios las propias mutilaciones para que Él conceda la concordia entre los hombres, la paz a los compañeros muertos con

¹² Es decir, los niños de la obra fundada por Don Carlo Gnocchi, a quienes había enseñado a hacer este acto cotidianamente.

ocasión de su desgracia, la bendición a cuantos les hacen el bien en nombre de Dios, y para que sus mutilaciones “sean una advertencia para todos y un estímulo para obras de paz y de bien, ocasión espiritual de perfección para nuestras almas; en fin, aumento de gloria para nuestra eternidad feliz” (*Oración de los mutiladitos*).

Es lo que, en el fondo, había querido decir un humilde soldado.

La marcha sobre los montes, bajo el incendio del sol meridiano, había sido larga y pesada, sobre todo por la sed. Sobre la cima, el capellán había levantado rápidamente el altar de campaña y había comenzado la celebración de la Misa. Pero en el ofertorio, el acólito se había vuelto desconcertado hacia sus compañeros: la cantimplora reseca no daba más una gota de agua. Fue entonces que avanzó fuera de las filas un joven soldado, y, con gesto apurado ofreció al celebrante su intacta cantimplora de agua.

Aquella tarde ese soldado, hincado sobre sus rodillas en la tienda de campaña, escribía a su madre: “imagínate que sin mí el capellán no habría podido decir la Misa y que el agua de mi cantimplora se ha convertido en la sangre de Cristo en el cáliz de la Misa”.

* * *

En 1950 los Mutiladitos de guerra entregaron al Papa Pío XII un don singular y simbólico. Se trataba de una reproducción de su distintivo consistente en el monograma de Cristo interpretado en forma totalmente nueva: la “Xi”¹³ estaba formada por dos muletitas cruzadas y atadas entre sí por una corona nobiliaria, indicando así que el sufrimiento humano, cuando ha sido injertado en el de Cristo, forma una sola cosa con él, forma el Cristo místico, y



¹³ El monograma de Cristo está compuesto por dos letras griegas superpuestas: la xi (que se escribe como una larga “x”) y la ro (que se escribe como una “p”). *Nota del Editor.*

solamente de este modo puede recibir la corona del mérito y del premio.

Pero aquel símbolo estaba compuesto de muchísimas perlitas, cada una de las cuales tenía origen en una operación quirúrgica o en una medicación dolorosa que había sido soportada por un mutiladito sin lamentos ni llanto.

Cuando referí al Santo Padre que había visto a niños, en el reparto de cirugía, luchar tenazmente contra la irrupción del llanto, mordiéndose los labios para tener el derecho de tomar una perлита y depositarla en la cajita destinada al regalo del Papa, Pío XII se puso de pronto pensativo, ¡y en su mirada tembló una lágrima de ternura y de reconocimiento!

* * *

A este punto podría preguntarse si el inestimable valor sobrenatural del dolor inocente, no represente un riesgo, al menos parcial, de atenuar la importancia y el empeño que la ciencia, la caridad y el arte ponen conjuntamente en la lucha contra el dolor y contra sus causas multiformes.

Afortunadamente podemos garantizar que este peligro, en una equilibrada concepción cristiana de la realidad no existe; más bien hay que decir que la lucha contra el sufrimiento alcanza en el cristianismo motivos y fuerzas de incomparable nobleza y eficacia superior a las que surgen de la humana solidaridad y de la filantropía que ya antes había declarado divina la victoria sobre el dolor.

En efecto, la batalla contra el dolor, sobre todo en los niños, es un complemento de la generación humana y una reparación a las fallas que a ella aporta la culpa original y por la consecuente incapacidad vital humana.

Me explico.

Por la ley de Adán, cada hombre que engendra, pone involuntaria y dolorosamente en las carnes de sus propios hijos la fuente amarga del sufrimiento, de la pena y del dolor.

Por tanto, al combatir y vencer en ellos el dolor, restituyéndoles el gozo de la niñez y una mayor capacidad de vida comprometida por las limitaciones de la enfermedad, de la invalidez y del sufrimiento, producto de la culpa original y algunas veces también de las culpas

personales de sus padres, nosotros reparamos las deficiencias de la primera generación y fatigosamente reconstruimos su plenitud.

Se diría que la lucha y la victoria contra el dolor es una segunda generación, no menos grande y dolorosa que la primera, y que quien consigue devolver a un niño la salud, la integridad y la serenidad de la vida, no es menos padre que aquel que lo ha llamado a la misma vida por vez primera.

¿Acaso no es esto lo que implícita y tal vez inconscientemente quería decir una religiosa el día que le hice un delicado reproche por no haber recurrido al masajeador eléctrico para tratar a un niño poliomielítico, en una jornada particularmente agobiante de calor y cansancio?

“¿Qué quiere? —me repuso cándidamente—; al masajearlo manualmente yo tengo la impresión de hacer pasar un poco de mi vida a aquellas piernecitas secas. Las máquinas son cómodas... pero son algo distinto...”.

La lucha contra el dolor no es sin embargo solamente un complemento de la *generación humana*, sino también un complemento de la *redención cristiana*.

Como la ruina original de Adán no se ha detenido en el orden espiritual con la pérdida de la gracia sobrenatural, sino que se ha propagado también al orden material, trayendo la fatiga, la enfermedad, el dolor y la muerte, del mismo modo la redención de Cristo no puede limitarse a la restauración de la gracia divina, sino que debe extender también sus beneficios —hasta donde es posible y útil a los fines de la purificación y de la santificación personal— a las antedichas consecuencias materiales de la culpa original y por eso debe apuntar también a sanar, o al menos atenuar, el dolor físico y a combatir todas sus causas.

Sanar el dolor, entonces, no es sólo una obra de filantropía sino una obra estrechamente ligada a la redención de Cristo, en cuanto pone en acto sus beneficios y extiende la liberación también a la zona de la materia y tiende a restaurar la armonía, el orden y el bienestar también físico del cual el hombre gozaba antes de la caída original y al cual ahora tiende con toda las fuerzas de su ser.

Por tanto el cuidado de los enfermos, las artes de la medicina, la caridad hacia los sufrientes y la lucha contra todas las causas del sufrimiento humano, son una verdadera y continua redención

material, que forman parte de la redención “total” de Cristo y de ella sacan todo el empeño y la dignidad.

* * *

He aquí por qué el Salvador, si bien enviado para una misión estrechamente sobrenatural, quiso fijar de este modo las notas inconfundibles de su mesianidad: “los ciegos ven, los tullidos caminan, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan y los pobres reciben la buena nueva” (Mt 11,5), y quiso recorrer incansablemente todos los caminos de Palestina para buscar y recoger toda clase de enfermos y sufrientes para aplicarles aquella “fuerza que emanaba de Él y curaba a todos” (Lc 6,19).

Y he aquí por qué Él, en el decálogo del apóstol, trazado para los que habrían de actualizar su redención a través de los tiempos, quiso clara e imperiosamente mandar: “Id, *curad a los enfermos*, y anunciadles que ha llegado el Reino de Dios” (Lc 10,9).

¡Cuánta luz de consuelo arrojan estas verdades sobre el misterio del dolor y cuántos nuevos horizontes abren a las obras de la cristiana caridad!

* * *

“Maestro —preguntaron los discípulos a la vista del ciego de nacimiento— ¿quién tiene la culpa de su ceguera?; ¿él o sus padres?”.

“Ni él ni sus padres tienen la culpa —respondió Cristo devolviéndole milagrosamente la vista— sino que esto ha sucedido para que se manifiesten en él las obras de Dios” (Jn 9,1).

El dolor de los inocentes, en la misteriosa economía cristiana, también sucede para la manifestación de las obras de Dios o las del hombre: obras de ciencia, de piedad, de amor y de caridad.

En la misteriosa economía del cristianismo, el dolor de los inocentes es permitido por Dios, por lo tanto, para que se manifiesten Sus obras y las de los hombres:

- el amoroso e inexhausto esfuerzo de la ciencia;
- las multiformes obras de la solidaridad humana;
- los prodigios de la caridad sobrenatural.